

EL UNIVERSO INDIO

Germán Puyana *

En el remoto pasado, los tesoros y misterios de la India legendaria, la tierra de las especias valiosas como el oro, con sus marfiles y diamantes, sus sedas y brocados, ese mundo fabuloso¹, escenario de las raras proezas de los yoguis y del fausto deslumbrante de sus príncipes, excitaron la mente de conquistadores como Darío o Alejandro, de navegantes como Magallanes o Vasco de Gama y de guerreros como Tamerlan o Babur, quienes al lanzarse en su búsqueda, habrían de cambiar el rumbo de la civilización.

Hace 500 años Colón partió en dos la historia de la humanidad cuando en busca de una vía más corta hacia la tierra de las especias y Catay, descubrió un nuevo mundo que según creyó, con obstinada convicción, eran las Indias de Occidente y así desde entonces llamaría *indios* a sus pobladores aborígenes.

Si bien, por la rapidez de las comunicaciones modernas, esa distante y milenaria nación nos parece hoy cercana y por ello un tanto desprovista del halo mágico en

que siempre apareció envuelta a los ojos de los occidentales, India continúa siendo una leyenda viva, una indescifrable amalgama de mitos del pasado con realidades de la vida moderna, una tierra extraña, dominio de la espiritualidad y del ensueño, que nunca ha dejado de intrigar a los conquistadores de horizontes, a los navegantes imaginarios de hoy y a los espíritus soñadores de siempre, incitándolos a la aventura de descubrir ese insólito universo, entre real y fantástico, que ella encierra.

El casi inabordable universo indio, separado del Asia y del resto del mundo por las imponentes barreras naturales del Mar de Arabia y del Mar de Bengala que rodean el subconsciente y por la congelada frontera de los Himalayas, el mayor sistema montañoso del planeta que lo cierra por el norte, resulta igualmente impenetrable en el orden cultural, aislado como se encuentra tras las murallas de creencias y costumbres de una antiquísima civilización que sus gentes mantienen viva y vigorosa, muchos siglos después de haberse extinguido las de Mesopotamia, Grecia y Roma que florecieron al tiempo con la suya.

Quizás como ninguna otra región del planeta, India ofrece una portentosa diversidad fisiográfica que convierte el viaje por su territorio en un caleidoscopio en incesante movimiento, en el cual aparecen cordilleras descomunales y llanuras interminables, tupidas selvas y desolados desiertos, ciudades enormes y minúsculas aldeas donde habitan más seres humanos que todos los de América, África y Oceanía sumados, constituyendo el más rico mosaico racial de la tierra, desde los blancos y robustos punjabis del norte de puro perfil caucásico, hasta los menudos dravidianos del sur, de oscura tez con su profundo tinte color uva,

pueblos estos cuyos incontables idiomas integran a la vez el más extenso complejo lingüístico del orbe.

La extraordinaria diversidad geográfica, étnica, climatológica y lingüística del universo indio, que desafía la imaginación y desborda cualquier descripción, refleja la variedad y riqueza de un vastísimo espectro cultural, con sus religiones y filosofías, sus milenarios mitos y tradiciones, sus innumerables obras de arte y de arquitectura, sus artesanías y su folclor, diferentes en cada comarca, que hacen virtualmente imposible a los visitantes conocerlos en su inagotable totalidad.

Viajar por India implica para el forastero contemplar un incesante desfile de imágenes inéditas que recrean su vista, descubrir en sus múltiples culturas un perenne surtidor de ideas jamás concebidas que le permiten ampliar su visión del mundo e incitan a la reflexión a los más perspicaces, desconcertados ante las singulares nociones e instituciones de su cultura que hacen que sus gentes, como lo señalaba hace mil años Al-Berruni, sean completamente distintas de los demás pueblos de la tierra.

En el multiforme universo indio, marcado por los más brutales contrastes de todo orden, la distancia misma es un laberinto de sorprendentes paradojas en el que a diario conviven la maravilla y el horror, un escenario de leyenda donde podemos encontrar, en magnitudes superlativas, todo lo encantador o repugnante de la vida, los paisajes más hermosos y los tugurios más miserables, las escenas más tiernas y los cuadros más patéticos, los genotipos humanos más perfectos como sus mujeres de inusitada belleza, exquisitas aristócratas o rústicas campesinas y los engendros más horripilantes como sus mendigos leprosos que espantan con sus

figuras de pesadilla, un universo inverosímil donde el viajero, inmerso en un fantástico museo vivo, permanece alucinado como un lector ante el diccionario visual de lo insólito, en constante asombro, pues allí no se distingue la realidad de la fantasía y lo inaudito resulta cotidiano

India es así el ámbito yerto de los Himalayas en cuyos glaciares nacen varios de los mayores ríos del mundo y el ardiente mar de arena del desierto del Gran Thar, la *Morada de los Muertos*, donde una gota de agua es un milagro; es el delta del Ganges y el Brahmaputra, el mayor pantano de la tierra y la ilimitada planicie del Deccan, abrasada por el sol y martirizada por la sequía durante casi todo el año; es el infierno selvático de Meghalaya, donde se encuentran Mawsynram y Chchrapunji, los sitios más lluviosos del planeta, como el sereno paraíso de los jardines naturales de Cachemira; es la impenetrable maraña de los montes Vindhya donde se esconden extrañas tribus que viven en la fase neolítica y el yermo mundo de los riscos de Sikkim y del Hindu-Kush; es el escenario de los estridentes hormigueros humanos que pululan por las calles de sus metrópolis, como el desolado ámbito de las nieves eternas del Karakoram; es la tierra de los inaccesibles monasterios de Ladakh donde en la paz de una soledad absoluta los lamas oran desde la niñez hasta la muerte, como de los dantescos hacinamientos humanos de Calcuta, donde las muchedumbres de indigentes se quiebran sin esperanza bajo el peso insoportable de sus sufrimientos

India es la tierra de las inagotables sorpresas, de los violentos contrastes y de las absurdas paradojas; la patria de los jamás, la antiquísima colectividad ascética cuyos miembros practican como norma suprema un respeto absoluto a la vida y se

niegan a matar ser viviente alguno, así como la cuna de los indómitos rajputs, quienes jamás se sometieron a los invasores y cuando eran vencidos, en vez de rendirse, se inmolaban en inmensas hogueras con sus mujeres y sus hijos.

India es la tierra de los enmudecidos anacoretas desnudos que viven y mueren, virtualmente sin pronunciar palabra, en las gélidas cavernas de las montañas, como de las apretadas multitudes de creyentes que al amanecer descienden, cual una incontenible marejada, hasta las riberas del Ganges, para ver surgir de su oscuro lecho la Inmensa bola de fuego del sol y contemplar cómo derrama sobre la planicie límite su primera lava cotidiana, mientras recitan, al igual que lo han hecho a lo largo de los siglos, su antiquísima plegaria al astro-rey.

India es la tierra de los visionarios autores de los Upanishads, con su audaz y elevadísima concepción monista de Dios como la esencia eterna y suprema del cosmos que, más allá del bien, del mal y del tiempo, permanecerá todo lo existente, así como de las más toscas invenciones fruto de la superchería, con sus incontables divinidades masculinas, femeninas o animales, veneradas por las gentes del pueblo junto con las primitivas deidades de los ríos, las montañas, los lagos o los bosques.

India es la cuna de los sabios que intuyeron la noción de la nada absoluta y formularon el concepto del cero matemático, como de los desorbitados creadores de la mitología puránica que concibieron el universo en un constante desarrollo, en desmesuradas eras cíclicas², cada una de ellas equivalente a un día de la vida del dios Brahma, que dura mil trescientos veinte millones de años y en el otro extremo de las magnitudes del tiempo, estimaron como su unidad atómica, un diez

millonésimo de segundo³, así como de los científicos que efectúan explosiones nucleares y construyen satélites espaciales, mientras sus campesinos, por centenares de millones, labran la tierra con arado de bueyes y cocinan con tortas de estiércol vacuno. India es la cuna de grandes filósofos y maestros espirituales que han expandido los horizontes del intelecto y los ámbitos insondables del alma humana, como de algunos gurús modernos, explotadores de la credulidad de los peregrinos de Occidente quienes habiendo naufragado espiritualmente en un mar de riquezas materiales, buscan con angustia una luz para orientar sus existencias; es el territorio de los fastuosos maharajás, míticos descendientes de los dioses y los astros que, en medio de indescriptibles riquezas, vivían ataviados con brocados de oro y abrumados de joyas, así como de las huestes de los famélicos penitentes desnudos que, cubiertos de cenizas, deambulan por un mundo cuyos bienes y placeres desprecian.

India es comarca de fragancias exquisitas y exóticos olores, del tenue aroma de las guirnaldas de jazmines que en las mañanas atan las doncellas a sus trenzas y del acre olor de las piras funerarias que día y noche arden en las orillas de los ríos sagrados; de las penetrantes fragancias de las ofrendas florales que ornan los altares callejeros y que se mezclan, como todo en su vida y su ambiente, con las miasmas de las alcantarillas; es la tierra de las voluptuosas esencias de rosas que impregnan los saris de las mujeres y excitan los sentidos de los hombres y del místico incienso del sándalo que eleva sus espíritus a las esferas superiores; es el ámbito lóbrego de los milenarios templos-cavernas, olorosos a muerte y olvido, así como de los frenéticos bazares donde los hombres y las bestias funden sus

humores con los perfumes de las flores, el hedor de los desperdicios y los punzantes aromas de las especias que impregnan la típica atmósfera del universo indio, dejando un rastro indeleble en la memoria olfativa de los forasteros.

India es espacio de sonidos únicos, de los grandes silencios que reinan en sus montañas coronadas de nieve, como de los estrepitosos tumultos humanos que inundan las calles de sus ciudades: del inexplicable graznido de los cuervos, mensajeros de Yama, el Señor de la Muerte y del melancólico lamento del caracol marino con que los brahmanes llaman a los dioses; del incesante campanileo de los címbalos que los devotos de Krishna hacen sonar mientras, sin noción del tiempo, danzan y repiten su nombre, como de la monocorde melodía de la cítara que hipnotiza a las gentes y las transporta a mundos ignorados; es el silente ámbito del desierto donde solo se escucha el eco de la nada y de las inescrutables salmodias que brotan de los monasterios budistas de Lada; de la mágica vibración de *Om*, el mantra supremo, que surge de los *ashrams* hindúes como la presencia audible de la unidad entre los hombres o del patético llamado del muezzín islámico que, en la agonía de la noche, desgarrar el vientre silencioso de las sombras.

India es el lugar de origen del algodón, del arroz salvaje, de gigantescas especies como el baniano o el pipal, el árbol de la iluminación, o del sagrado loto que el budismo instituyó en el más característico símbolo del arte oriental, así como de la más variada fauna: del elefante, la bestia más inteligente y poderosa, del tigre, la más bella de las fieras, del guepardo⁴, el más veloz entre todos los animales, de la cobra, la más siniestra de las víboras, del pavo, la más vistosa de las aves y de muchas otras especies propias o el rinoceronte unicornio, los leones de Gir, únicos

fuera del norte africano, de una sin par variedad de hermosos siervos y pájaros que adornan sus paisajes así como de las famélicas vacas sagradas que, vagando siempre por doquier, le imprimen un inconfundible carácter a las escenas nativas.

India es una tierra única en la cual conviven las instituciones e ideologías más opuestas y los personajes más antagónicos, la artesanía neolítica con la tecnología más sofisticada, los quirománticos y los encantadores de serpientes con los astrofísicos y los fabricantes de súper computadores, los sadbns que peregrinan siempre sin rumbo y sin prisa, con los diligentes científicos que exploran la Antártida y el espacio sideral.

India es, en suma, el compendio vivo de una antiquísima civilización, un escenario fabuloso que contiene a la vez lo más sublime y miserable de la existencia humana, la belleza y la tragedia, el esplendor y la miseria, un universo único donde conviven, sin excluirse, las realidades más opuestas, la riqueza desmesurada y la pobreza absoluta, las elevadas concepciones filosóficas de los sabios y los burdos cultos idolátricos de las masas, las formas más espeluznantes de ascetismo con que los penitentes proclaman la renuncia a las banalidades de este mundo, como los increíbles hallazgos de la ciencia del placer para regocijar los sentidos con los deleites del amor carnal, los manjares, los perfumes y los masajes.

La sin igual experiencia del encuentro con la Madre India, que a nadie deja indiferente, suele impresionar a tal punto a quien la visita, que así haya sido subyugado por su fascinante universo y reviva con emoción su recuerdo o por el

contrario lo rechace estremecido, sin duda marcará su alma con una impronta singular que jamás habrá de borrarse.

Así, quien sea capaz de sobreponerse al choque con unas culturas antagónicas, a los rigores de un sol implacable, al polvo, a la mugre, al lentísimo ritmo con que allí discurre el tiempo, a la presión de las multitudes y al desgarrador espectáculo de la pobreza, podrá entonces maravillado ir descubriendo los infinitos rostros aunque, al igual que todas las civilizaciones antiguas, la suya también haya decaído y se haya apagado desde hace siglos el brillo de su original grandeza y aunque no pocas de las ideas e instituciones de su cultura resulten hoy anacrónicas y no podamos aceptar ciertos valores o hábitos que su pueblo conserva, en tanto riñen con nuestra concepción de la existencia. India ofrece una perspectiva singular de la vida y por ello quizás, su inimaginable universo, más allá de los sentimientos primarios de la seducción ciega o del rechazo absoluto, fascinará siempre al visitante.

Del mismo modo que explorar regiones ignoradas o escalar las cumbres de las montañas constituyen vivencias formidables pero duras y difíciles, descubrir el universo indio no es ciertamente una experiencia fácil en tanto supone, además de un esfuerzo físico, despojar la mente de algunas ideas obsesivas de la propia cultura, liberarnos de los prejuicios que de algún modo nos inducen a repeler todo aquello que no ajusta dentro de nuestros convencionales esquemas de pensamiento, para poder así recrear los sentidos con las maravillas de su entorno y tratar de acompasar las cuerdas del alma a las sutiles vibraciones de su atmósfera espiritual.

Si bien las comunicaciones modernas han reducido las distancias que siempre separaron a India de Occidente, en el orden intelectual brechas de siglos nos apartan aún de algunas nociones y valores de su ancestral tradición que sólo se explica por sí misma y por ello, querer hacerlo con otros parámetros resulta frustrante, ya que en su íntima esencia sólo podrán comprenderla quienes desde niños se hayan alimentado espiritualmente en su nativa cultura, especie de matriz intelectual y emocional que nutre al hombre hasta su muerte, como físicamente lo hace la de su madre hasta que nace.

La exploración del universo indio permite a seres insatisfechos en quienes han hecho crisis los valores de la civilización post industrial escapar, así sea momentáneamente, del vertiginoso norte de la vida moderna, obsesionados con el trabajo, angustiados en el tiempo, alienados con los placeres sin reservas ni límites, fusionados con los efímeros bienes materiales y con los artificios de la tecnología moderna, hacer una pausa para mirar al interior de sí mismos y descender mentalmente por la espiral sin fin de su indo interior en busca de respuestas a la gran incógnita humana que subyace, aún indescifrada, en el fondo de sus conciencias. aunque la civilización de la India nunca nos sea del todo reprensible a los extraños, desconcertados ante los enigmas que tiene y se resiste aún a revelarnos, ese impenetrable manto de realidad que allí rodea todo, constituye paradójicamente un paso más de su encantadora y única personalidad, un poderoso estímulo a los espíritus inquietos para lanzarse a la aventura de escudriñar ese fascinante universo suyo sobre el cual se abren, apenas como una pequeña ventana, las páginas de este libro.

¹ *Jambudvipa*: Nombre mítico de India (Lit: Continente del árbol e las rosas y las manzanas)

² *Kalpas*

³ *Truti*

⁴ *Cheetah*

* Arquitecto santandereano y, como él se autodefine, escritor y fotógrafo por afición, es uno de los colombianos que más sabe acerca de la India.